

"El Corresponsal en París"

(Hoja autógrafa sujeta al servicio de la prensa hispano-americana)

Edición y Admisión: 37 rue Maubourg  
París

Año II. - Num. 77.  
París 27 de Octubre de 1889.

Sumario. - Ojeada a la situación: Los moderados en campaña. El caso de M.<sup>r</sup> Laisant. Lógica de los boulangistas. - Extranjeros: Un nuevo reinado. Fiestas reales en Atenas. - Miscelánea: Dos muertes ilustres. Un libro que promete. París y la Exposición.

Reciente todavía la victoria conquistada por el gobierno en las últimas elecciones, todo el mundo se pregunta con ansiedad, a lo menos entre los que sienten alguna afición por el actual régimen político de Francia, cuál va a ser en definitiva la actitud que adoptarán las diferentes fracciones en q.<sup>o</sup> se divide el partido republicano en cuanto la nueva Cámara haya entrado en pleno ejercicio.

Los periódicos publican a diario extensos artículos firmados por los hombres más importantes de la situación, dando a conocer las distintas opiniones que en el partido republicano dominan en el período de transición por que indudablemente este país atraviesa. Hemos de confesar que la mayoría de los hombres públicos hasta ahora consultados ha manifestado un criterio que les honra en extremo y que hace augurar para Francia, a pesar del gran número de dificultades que sobre ella pesan, un porvenir estable y próspero, contra el cual será inútil que se revuelvan cuantos, no haciendo de la política más que un escabel para el logro de sus vulgares ambiciones, tratan de socavar los cimientos de lo que existe aun a trueque de ocasionar al país nuevas y más profundas sacudidas.

"¿Qué deben hacer en lo sucesivo los republicanos?" He aquí la pregunta que a estas horas ha sido dirigida a ciertos figuras en primera fila en el partido que acaba de obtener en las urnas el señalado triunfo que hemos registrado estos días.

De todas las declaraciones más o menos autorizadas que han circulado por la prensa esta última semana, y en la anterior en que, por causas ajenas a nuestra vo-

(2.)  
limitad no pudimos hacer salir nuestra acostumbrada  
crónica, la que es objeto de mis grandes comentarios es  
la comunicada por Mr. Leon Say, jefe indiscutible de  
la fracción moderada, a un redactor del XIX siècle.

Mr. Leon Say se concreta a decir, contra la opinión  
casi unánime de todo el partido republicano, que la políti-  
ca de grupos debe continuar hoy más que nunca para  
saber fijamente donde se albergan los enemigos de la  
estabilidad gubernamental, entendiendo por ella to-  
do lo que sea tender una mano de reconciliación a  
los elementos que, procedentes de la Derecha monárqui-  
ca, quieran coadyuvar a la consolidación de la Repú-  
blica, y repeler con fuerza y vigor todo lo que sienta a  
sien luego una aspiración radical o simplemente re-  
formista.

Como es de suponer, esas declaraciones han causado  
malísima impresión entre la inmensa mayoría de los  
hombres que militan en el partido republicano. Salvo  
raras y muy contadas excepciones, puede asegurarse que  
las notabilidades del republicanismó reprobarán altamen-  
te esa actitud un tanto audaz - otros, tal vez con  
mayor razón, la califican de intransigente - del distingui-  
do economista. ¿Qué se propone - dicen - Mr. Leon Say  
con tender la mano a los individuos de la Derecha? ¿Es que  
la experiencia no ha demostrado suficientemente de lo que  
son capaces los conservadores cuando se ven festejados  
por cualquiera de las fracciones en que, por desgracia, se  
halla dividido el partido republicano?

Recuérdese, en efecto, lo que ocurrió en el transcur-  
so de la anterior legislatura. Gracias a ese fatal fraccionamien-  
to q. mantenía constantemente divididas las fuerzas repu-  
blicanas de la Cámara, la Derecha monárquica era la que  
mandaba en jefe en el Parlamento, y la que disponía a su  
antojo de la existencia de todos los ministerios. ¿Es que se  
quiere volver - dicen los más de los republicanos - a ese anó-  
malo estado de cosas tan perjudicial a la tranquilidad y,  
por tanto, a los intereses generales del país, como a la exis-  
tencia misma de la República?

Hay q. convenir imparcialmente en q. el sistema  
aconsejado por Mr. Leon Say produciría entre los republica-  
nos una nueva separación, irritando los unos contra los  
otros a los partidarios de la alianza con la Derecha y a  
sus adversarios, y sustituyendo la política de apaciguamien-  
to entre todos los republicanos, tan deseada por todos y tan

practicable en estos momentos, por una política de azar, para cuya aplicación una fracción del partido republicano se coligaria con la Derecha para combatir a una de sus afines del mismo partido, lo cual, sobre ser perjudicial, sería por todo extremo vergonzoso. Una política tal, practicada en los comienzos de la legislatura, reanimaría las antiguas querellas y sería indudablemente para el partido republicano una causa de debilidad, por no decir de impotencia, de q.<sup>a</sup> la Derecha sabría prontamente aprovecharse.

Digamos, finalmente, como ya lo hemos indicado otras veces desde este mismo sitio, q.<sup>a</sup> semejante política no corresponde en manera alguna a los votos expresados por el país en las últimas elecciones; y así es de creer que el presidente de la República, cuya elección fue debida, más q.<sup>a</sup> a otra cosa, a la unión de los republicanos, no querrá tomar sobre sí la responsabilidad de ponerla en práctica en el caso de que, por fas o por nefas, viniera a producirse alguna vacante en el ministerio.

+ +

Los periódicos boulangistas están furiosísimos a propósito del descalace q.<sup>a</sup> ha tenido el expediente incoado contra el comandante y diputado Mr. Laisant.

Ya recordarán nuestros lectores a q.<sup>a</sup> nos referimos, por haberlo relatado con detalle, en una de nuestras anteriores crónicas. Lo repetiremos, sin embargo, en pocas palabras, para refrescar la memoria de aquellos que lo hubiesen dado ya al olvido. El comandante Laisant, q.<sup>a</sup> es uno de los amigos más fanáticos con q.<sup>a</sup> cuenta el general Boulanger, asistió a una reunión pública convocada en esta capital a los pocos días de haber tenido lugar las últimas recientes elecciones. Como el auditorio estaba compuesto exclusivamente de boulangistas, los oradores del partido se apresuraron a espacharse a su gusto diciendo atrocidades contra todos los republicanos amigos del gobierno. Mr. Laisant, q.<sup>a</sup> ya ordinariamente es de una vehemencia y de una iracundia inauditas, estuvo aquel día en sus glorias. Durante todo el tiempo que ocupó la tribuna, de su boca no salieron más que injurias y groserías de mal género, y acabó diciendo la enorme herejía de que, mañana que el extranjero volviese a hollar el territorio de Francia, él se pondría resueltamente al lado de los enemigos de la patria para ayudarles a derribar del poder a los hombres que son hoy dueños de la situación. Esta declaración, dictada por el despecho q.<sup>a</sup> hubo de producir a Mr. Laisant la última derrota sufrida por el partido, dio lugar a vivísimos comentarios en la prensa de todos matices y pro-

dió una malísima impresión entre toda la gente sensata. Entonces, fue cuando el ministro de la guerra, usando de sus facultades, ordenó la constitución de un tribunal militar para q<sup>º</sup> instruyera un proceso en averiguación de los hechos ó de las auténticas declaraciones atribuidas á Mr. Laisant. Ese tribunal, pues, es el que se ha reunido y el que acaba de disponer, por unanimidad, q<sup>º</sup> el nombre del atrabiliario diputado quede definitivamente rayado de los cuadros del ejército.

De este dicho asunto Laisant una sola cosa hay q<sup>º</sup> retener q<sup>º</sup> valga la pena: delante de sus jueces naturales, es donde ha sido traducido el comandante Laisant; esta vez no se trata ni del alto tribunal de justicia (Corte suprema) ni de la policía correccional; era un tribunal compuesto exclusivamente de soldados, reunido expresamente para juzgar á otro soldado. Y sin embargo, léanse, después de la condena, los periódicos boulangistas, especialmente L'Intransigeant: lo primero q<sup>º</sup> hacen es recusar por incompetentes el Consejo de información; ridiculizan - ó tratan de ridiculizar, á lo menos - á los miembros todos que le componen, llegando hasta el punto de acusarles de haber proferido la sentencia condenatoria bajo la presión gubernamental.

Los boulangistas, por lo que se ve, no están muy fuertes en materia de lógica. En efecto: no hay más q<sup>º</sup> recordar que aquel tribunal es el mismo q<sup>º</sup> reclamaba para sí el general Boulanger y el único q<sup>º</sup>, en su concepto, tenía cualidades para poder juzgarle. Condenado Laisant, ahora se presentan indignados diciendo q<sup>º</sup> el tribunal es incompetente y q<sup>º</sup> todos los miembros q<sup>º</sup> lo componen son gente de poco más ó menos, sin autoridad moral p<sup>º</sup> pronunciar el veredicto condenatorio contra su correligionario y amigo. En vista de esto, es fácil imaginar y prever cómo los boulangistas habrían acogido la condena de su general por un Consejo de guerra. Los boulangistas hubieran tratado á los generales como han tratado á los miembros todos del alto tribunal de justicia; es decir, los habrían arrestrado por el todo; los hubieran calificado de traidores y vendidos, y habrían apelado contra la sentencia, como hicieron no ha mucho contra el Senado.

Digamos, para concluir, q<sup>º</sup> la cosa no nos ha cogido de sorpresa y q<sup>º</sup> son muchos los q<sup>º</sup> la habian previsto. De todas maneras, no es malo q<sup>º</sup> el incidente Laisant haya venido á punto para probarlo. Hé aquí toda la moral que en definitiva debe sacarse de esta inhumana historia.

El suceso más importante ocurrido en el extranjero es

el fallecimiento del rey Don Luis de Portugal, á quien ha sucedido inmediatamente en el trono su primogénito el duque de Braganza, casado con la hija del conde de Paris, y que ha inaugurado su reinado haciéndose proclamar con el nombre de Carlos I.

Mientras en Lisboa coblaban á muerto, en la capital de Grecia las campanas eran lanzadas al vuelo en son de júbilo para recibir al numeroso cortejo de personajes de casi todas las casas reinantes de Europa que se habían dado allí cita para festejar la boda del príncipe de Leuarta, heredero de la corona, con la princesa Sofia, hermana del emperador Guillermo de Alemania.

\* \* \*

La semana, como presintiendo la proximidad de la de difuntos, ha sido triste para Paris y para Francia en punto á estadística necrológica.

Falleció primero el ilustre doctor Ricord, uno de los hombres más eminentes que ha conocido el presente siglo en materia de medicina especializada; siguióle en la tumba, casi en el mismo día, y con poca diferencia de horas, el distinguido maestro compositor Métra, autor de tantas obras inspiradas que el mundo musical admira, y últimamente, como si esas dos pérdidas no fuesen aun bastante, la Parca ha querido arrebatarnos á Francia una de sus glorias más preclaras con la existencia del más insigne de sus autores dramáticos del presente siglo, Emilio Augier, fallecido en el apogeo de su grandeza literaria, después de haber dotado á Francia con un repertorio de producciones sin rival en las cuales no se sabe que admirar más, si la originalidad y el talento de concepción que las anima, ó la corrección y brillantez de su forma divina e irreprochable, modelo de aticismo y digna compañera de las que en otros siglos dieron á luz los genios más ilustres del arte y de la poesía dramática.

\* \* \*

Anunciase la publicación de un libro destinado á producir en Paris una sensación de todo en todo justificada: las Memorias del baron de Haussman, el célebre prefecto del Sena en tiempo del imperio, al cual se debe en una gran parte la transformación del antiguo Paris en el Paris grandioso de nuestros días.

De la Exposición, no podemos decir sino que está dando sus últimas boqueadas, y que es inmenso todavía el número de forasteros que se disputa el honor de asistir al cierre definitivo de sus puertas.

Arturo Viardell Ruiz